

Ayala Diago, César Augusto. *El populismo atrapado, la memoria y el miedo: El caso de las elecciones de 1970*. Medellín: Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia/ La Carreta, 2006. 319 páginas.

Ricardo Sánchez Ángel

Profesor Asociado,

Universidad Nacional de Colombia,

Profesor Titular, Universidad Externado

El libro de César Ayala Diago que comentamos tiene como propósito explicar, en un relato histórico-político, las razones del populismo colombiano encarnado en la Alianza Nacional Popular, en su período más fecundo de ascenso hacia el gobierno y hacia los poderes constituidos en primer lugar, es decir, hacia las corporaciones públicas.

Estudiando el caso de las elecciones de 1970, el historiador logra mostrar las dinámicas que hicieron posible el desarrollo tardío del populismo en Colombia, como genuina alternativa de tercera fuerza ante el Frente Nacional como coalición de los partidos tradicionales, el liberal y el conservador. No es una microhistoria del acontecimiento, sino que analiza el caso y elabora una historia política de un tramo sustancial de la vida nacional.

El anapismo viene a ser el lugar de llegada del populismo frustrado del gaitanismo, después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y la era de la violencia desde el poder. Pero también de los sectores liberales de izquierda, que vienen desde los años treinta, del Movimiento Revolucionario Liberal, traicionado en sus banderas de rebeldía, de los lauroalzatistas con Bayona Carrascal, los descontentos del bipartidismo oficial, de los excluidos sociales, en primer lugar los marginados y pobres de la Colombia especialmente urbana, en pleno proceso de expansión y transición.

Para 1970, Colombia era un país de casi 22 millones, joven: con un 46% de la población menor de 15 años, cien personas muertas diariamente por el hambre, 886.000 desempleados y 1.700.000 subempleados. Allí estaba el caldo de cultivo que permitió que el discurso Anapista representara a los pobres del país. Es lo que César Ayala denomina la demagogia social de Rojas, cuyo lenguaje era sencillo y hasta simple, directo, encarnando una figura paternal con familia y todo, en que se destaca su hija María Eugenia.

La cúspide del movimiento estaba en la familia y en la figura del ingeniero general y expresidente Gustavo Rojas Pinilla, con su lealtad a los valores y a las costumbres tradicionales. Un discurso premoderno el del general, una simbología tradicional, un mesianismo de caudillo perseguido por las oligarquías, con una base regional, local y popular levantisca y rebelde que veía en la Anapo su momento de reivindicación y dignidad. El nacionalismo renacía en el discurso populista.

César Ayala conceptúa que se trata del conflicto entre los excluidos y los incluidos del Frente Nacional, pero también, como se expresó el 19 de abril de 1970, de una revancha popular. El voto se transformó en un arma representativa del nivel socioeconómico, un enfrentamiento entre barrios ricos y pobres. Una batalla democrática urbana, siendo este uno de sus aspectos más relevantes. El pueblo urbano fue el sujeto colectivo protagónico, sin que se apelara a obreros y campesinos en el discurso de Rojas. Los candidatos del Frente Nacional, Sourdis, Pastrana y Betancur, también buscaban su espacio en las ciudades. Nuestro historiador habla de un antiestablecimiento representado en la Anapo, contra el sistema del Frente Nacional, y señala el carácter de clase del 19 de abril. Con el fraude como imaginario popular, la legitimidad maltrecha y la protesta popular en Bogotá y otras ciudades. El autor, considera que lo más probable es que sí haya habido fraude en dichas elecciones, e ilustra con documentos su apreciación. Una afirmación de verdad histórica y no de verdad judicial, pues de acuerdo al fallo de las autoridades electorales, el resultado de los comicios fue legal, legítimo e inobjetable. Dice: “Muchas cosas contribuían a la certeza del robo de las elecciones. El mismo hecho de la intromisión del ministro de gobierno en la alocución de los resultados” (p. 220).

El populismo de la Anapo no es un discurso unívoco ni un conglomerado uniforme, es variopinto, multicolor, polifónico, y como tal es encarado en esta obra. Una organización nacional, territorial, con mística, cuadros, capitanes y capitanas, con fervor religioso y con su simbología en torno a la figura del general expresidente. Destaco lo que está destacado, el papel de la mujeres en la organización y movilización del movimiento, con su figura emblemática María Eugenia Rojas de Moreno Díaz, la hija del general. La comparación con el imaginario creado alrededor de Perón y Evita es inevitable, aunque las condiciones políticas, especialmente en lo que hace al apoyo del sindicalismo al peronismo, lo diferencian radicalmente de la Anapo. El peronismo es hoy, con todas sus divisiones internas, una fuerza viva en la vida política Argentina, en tanto que la Anapo no logró sobrevivir.

El papel de los intelectuales en la Anapo es ponderado y analizado cuidadosamente en la obra. Las figuras y actuaciones de Alberto Zalamea y de Mario Arango Jaramillo son con justicia recuperadas en su dimensión apropiada. Pero igual, personalidades como Gilberto Zapata Isaza, José Jaramillo Giraldo, Luis Torres Almeida, Carlos Toledo Plata y otros. El papel de José Ignacio Vives Echavarría, desprendido del oficialismo liberal a raíz del célebre debate contra el ministro Enrique Peñalosa, que logró incomodar de manera significativa al gobierno, ocupa en esta obra un estudio merecido.

El periodismo desde abajo es ilustrado con el estudio del liderazgo regional del periódico *El Trópico* de San Vicente de Chucurí y sus directores, de gran influencia, como Jaime Ramírez, Timochenko Ochoa, Luis Eduardo Vargas, Adolfo Rico Angarita y Deogracias Peña, de origen cívico pero de simpatías con el ideario de Camilo Torres

Restrepo y del MRL. San Vicente de Chucurí es un municipio de larga trayectoria en la historia revolucionaria, y ello está debidamente presentado por César Ayala, en una mirada al liderazgo popular en forma realista, con el respeto y simpatía por esos protagonistas, sin la necesidad de mitificarlos. En esta obra, tan importante resulta Jaime Ramírez como el general Rojas o Alberto Zalamea, desde una perspectiva de que lo popular, desde abajo, fue lo que hizo posible la Anapo.

El carácter de la protesta popular el 19 de abril y los días posteriores, está definido en este estudio como una reacción lógica de los afectados, por la burla a los resultados electorales. Haciendo uso de la historiografía de la protesta urbana de larga tradición, el autor, de la mano de George Rudé y otros autores, nos muestra la dinámica de esos episodios, sus alcances y limitaciones. El deambular, el mitin y la manifestación, el saqueo y el motín se dieron en varias ciudades del país.

Los discursos anapistas frente a los hechos, realizados por el general, María Eugenia y el comando nacional, como es obvio, reclamaban el triunfo, denunciaban el fraude y llamaban a la movilización. Salvo algunos llamados solitarios, como el de Ciro Ríos Nieto y Toledo Plata, de que había comenzado la revolución, o del padre Garcés llamando a sangre y fuego para hacer respetar el triunfo, la apuesta de la Anapo fue por la civilización política. Dice el autor:

No sólo consideramos a la Anapo como un movimiento con ideología propia sino que vemos en las jornadas de protesta que produjo el 19 de abril una movilización con fundamentos ideológicos. De alguna manera, el 19 de abril de 1970 opacó el uso social que se hacía hasta entonces de la *dictadura*. A partir de esa nueva fecha empezará a construirse un nuevo Rojas Pinilla que tendría su base en los significados de las dramáticas jornadas de abril de 1970. (p. 227)

La agresividad de algunos líderes de la Anapo era sólo de palabra y por ende la fiesta democrática estaba en el imaginario anapista como la forma escénica de la realización de la justa electoral. Un contrataatro al decorado del sistema. César Ayala hace una apuesta analítica sobre el alcance de esta protesta, resaltando que no hubo muertos, sino algunos heridos y muchos detenidos, y la censura por doquier como una peste para impedir la información veraz:

Sin lugar a exageraciones esta protesta política pudo haber sido, si no la mayor en la historia colombiana del siglo xx, sí la más intensa, la más expectante, y paradójicamente, la de mayor grado de civilidad ciudadana. Las jornadas que mantuvieron durante tres días en vilo a miles de colombianos en las principales ciudades del país, le ahorraron al gobierno mayores y dolorosas manifestaciones de represión, y de paso el regreso de Rojas al poder. Nada muestra mejor la naturaleza conciliadora que había tenido el anapismo desde sus comienzos que el comportamiento del liderazgo anapista durante estas jornadas en toda la nación. (pp. 232-233)

Aquí se rescata esta épica popular, se la compara con la del 9 de abril de 1948, dice: “En ambos casos se trató de una movilización ideológica y política contra el asalto a una esperanza. Incluso las limitaciones de ambas protestas se debieron a la carencia ideológica de masas y de líderes, del gaitanismo primero y del anapismo después” (p. 233).

Por contraste, la actitud del gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo fue agresiva, de contumacia, ilegalizó la protesta con los mecanismos de estado de sitio. En la famosa alocución, a las ocho de la noche, del martes 21 de abril, Lleras reafirmó su convicción de lo peligroso de la Anapo para la democracia, dado que se gestaba un movimiento subversivo, mientras comentaba la declaración del comando nacional de la Anapo. Vale la pena recordar esta joya de la literatura política que ofreció Lleras Restrepo: “El país queda notificado de que se encuentra bajo las normas de la legalidad marcial, las cuales confieren al gobierno la facultad de emplear todos los medios que permite la guerra entre naciones con el objeto de reducir a la impotencia cualquier intento de subversión o para develarla” (p. 214).

La fiesta democrática, la derrota de la abstención, la controversia civilizada y apasionada que se había vivido en la campaña y en la propia fecha del 19 de abril, la protesta masiva, todo quedaba reducido a una sedición, a un acto de subversión. Por supuesto, Lleras salió fortalecido, y con él el sistema, ante una Anapo impotente.

Con *El populismo atrapado*, estamos ante una recuperación histórica en sintonía con la memoria popular, un logrado fresco de la historia política contemporánea. Esta investigación constituida en un relato de elaborado lenguaje y sencilla comprensión, tiene la virtud de estar debidamente documentada, y es resultado también de la pericia del historiador, quien de vieja data se ocupa del estudio del populismo.